castigada algunas veces, por el temor que causara su tardanza y el haber salido sola; pero ni los golpes, ni las reconvenciones pudieron arrancarla jamás una queja, ni mucho menos disminuir en nada el afectuoso reconocimiento que profesaba á su aya (1).

Algunas veces también, estando en diversión con sus amigas y compañeras, desaparecía instantáneamente, y se la encontraba inmóvil al pie de un árbol, olvidada del juego por la oración. Levantábase á menudo por las noches con el mayor sigilo, arrodillábase en el suelo, y juntando sus manos, recitaba con recogimiento y fervor impropios de sus años, las oraciones que su buena madre le había enseñado (2). Dios sin duda al penetrar tan de lleno en su alma, quería familiarizarla desde niña con el divino arte de la oración, que más tarde había de poseer admirablemente, y enseñarla muy luego á manejar esta arma poderosa, con que había de obtener tan grandes triunfos.

Despertábase al mismo tiempo en el corazón de Santa Mónica un grande amor á los pobres (1). Muchas veces, cuando comía, ocultaba en su seno una parte del pan que se le daba, y procurando que no la viesen, corría á la puerta de la casa en busca de algún pobre á quien socorrer (2). De éstos había dos clases, los caminantes y los enfermos, á quienes la piadosa niña miraba con especial predilección. Siempre caritativa con ellos, cuando alguno se dirigía al techo hospitalario de sus padres, le hacía sentar sobre un banco, y aunque niña todavía, reclamaba para sí el honor de lavarle los pies, según la costumbre antigua: visitaba además á los pobres enfermos, prestándoles aquellos servicios que podía en su corta edad (3).

Observábanse al mismo tiempo en Santa Mónica una dulzura y paz encantadoras: cuando jugaba con sus compañeras, era bastante una

^{(1) «}Dum autem domo tarde rediret, a bajula sua verberabatur. Et totum ipsa puella patienter portabat.» (Boll., 4 de Mayo.)

^{(2) «}Et frequenter in nocte de lecto surgens, flexis genibus, orationes, quas a matre sua, nomine Facun dia, didicerat, Domino devotè offerebat.» (Breviario de los Canónigos Regulares, etc., ad prim. Noct., lect. II.)

^{(1) «}Mirum in modum ab infantia secum crevit miseratio. Ita ut quasi naturali affectu pauperes diligeret.» (Dicho Breviario, ad prim. Noct., lect. II.)

^{(2) «}Sæpe panem de mensa in sinu collocabat, et de paterna domo fugiens, pauperibus tribuebat.» (Boll., 4 Mayo.)

^{(3) «}Hospites et infirmos visitabat, pedes eorum semper lavabat, et eis, ut puella poterat, serviebat.» (Boll., 4 Mayo.)

palabra suya para apaciguar las disputas. En su rostro, en su voz y en su porte había una serenidad tal que, sin pretenderlo, se comunicaba á los demás, transmitiendo á todos su propia transmitiendo a todo a to

quilidad (1).

A estos dones que venían del cielo, y con los cuales la preparaba Dios á darnos un gran Santo, uníanse otras virtudes, debidas á la austera vigilancia de su aya. «Usando, dice San »Agustín, según las circunstancias, de un pru-»dente rigor al corregirla, y de una admirable »prudencia al instruirla, venía preparándola des-»de el principio á la práctica de las más subli-»mes virtudes. Fuera de las horas de su modes-»ta comida, que hacía la niña en la mesa de sus »padres, no la permitía beber ni una gota de »agua, por mucha sed que tuviera, á fin de ha-»bituarla á la sobriedad, formar en ella un alma »fuerte y dotarla del espíritu de abnegación, »sin cuyas virtudes no es posible que la mujer »sea ni cristiana, ni esposa, ni madre, ni santa.» «Así es, Dios mío, cómo Vos la formasteis, ex-»clama San Agustín, sin que su padre ni su ma-»dre llegaran á sospechar nunca, lo que había de »ser con el tiempo. Pero Vos habíais ya prepara»do para su niñez una casa fiel, de las mejor
»arregladas de vuestra Iglesia; y en ella, bajo
»la dirección de vuestro unigénito Hijo, iba poco
ȇ poco creciendo en el santo temor de Dios, que
»es el principio de la sabiduría (1).»

Entre tan dulces resplandores de naciente virtud, vióse aparecer en Santa Mónica, no precisamente una mancha, pero sí una de esas ligeras sombras, que Dios permite á veces, para que sus Santos sean más vigilantes y más humildes. Habíase encargado á esta piadosa niña, según es uso, cuando se quiere que las jóvenes de alguna edad vayan iniciándose en el gobierno doméstico, que fuese todos los días á la despensa, en busca del vino necesario para la mesa. «Acontecía algunas veces, nos dice San Agustín, »que después de haber llenado el vaso y antes »de verterle en el frasco, la niña le aproximaba á »sus labios; no precisamente por afición al vino, »pues la causaba cierta repugnancia, sino más »bien por esa travesura y propensión de la ju-»ventud á hacer aquello que le está prohibido; »travesura y propensión que desaparece bien »pronto bajo el peso de la autoridad paterna. »Mas, como al despreciar las pequeñas faltas,

^{(1) «}Litigantes, ut erat mansuetissimi ingenii puella, reprehendebat.» (Breviario de los Ermitaños, etc., un tomo en 12.º, 1475, edición gótica.)

⁽¹⁾ Confes., lib. IX, cap. VIII.

»se cae poco á poco en otras mayores, aconteció »que añadiendo gota á gota, concluyó por beber »una copa casi llena.» ¿Dónde estaba entonces su antigua é inteligente directora? ¿Qué había sido de sus austeras prohibiciones? ¿Cómo remediar un mal que tan cuidadosamente se ocultaba, si Vos, Señor, no vigilarais sobre nosotros? En ausencia de sus padres, Vos que siempre estáis presente, y que salváis las almas aun por la mano misma de los malvados, ¿qué hicisteis, oh Dios mío? ¿por qué medio la curasteis? Bajaba siempre á la bodega con Santa Mónica una sirvienta de la casa, siendo por tanto testigo complaciente de su falta; y ella fué de quien como de afilado acero, Dios se valió para cortar de raíz esta gangrena, haciendo salir de sus labios un sarcasmo frío y penetrante. Cierto día que las dos estaban solas, disputando como suelen sirvientas y señoritas, echóla aquélla en cara su defecto, y sin intentar corregirla, y sí sólo sonrojarla, llamóla con insultante desprecio «borrachuela». Este ataque tan directo hizo avergonzar á Mónica que, reconociendo la fealdad de su falta, se condenó á sí misma severamente, corrigiéndose para siempre (1). Dícese también que entonces tomó la resolución de no beber más que agua;

pero de cualquier modo, esta falta tuvo para la piadosa joven las más felices consecuencias, como sucede casi siempre en la vida de los Santos: arrancó de sus ojos las primeras lágrimas de arre. pentimiento, inspiróle deseo de mortificarse, hízola humilde y desconfiada de sí misma, y, sin que de ello se apercibiese, la preparó anticipadamente á rodear de la más tierna y activa vigilancia la cuna, que un día había de confiársele. Mientras esto sucedía, por los años 348 ó 349, fué testigo Mónica de un acontecimiento que, llenándola de profunda alegría, acabó de madurar los frutos de su bella juventud. Como hemos dicho ya anteriormente, la ciudad de Thagaste se había dejado arrastrar por los errores y cisma de Donato, y hacía veinte años, que esta herejía violenta venía siendo origen de continuas luchas. En la época á. que nos referimos, éstas habían llegado á ser tan graves y tan continuas en todas las ciúdades de Africa; y ocasionaban tantos robos y aun asesinatos, que los Emperadores tuvieron que intervenir para cortarlos; y en su virtud Constantino promulgó una ley prohibiendo la profesión pública de esta herejía. Gran número de ciudades, y entre ellas Thagaste, volvieron al culto del Catolicismo; pero ésta lo hizo con un entusiasmo tan vivo, tan unánime y tan sincero, que resultó evidenciado, que sólo el temor de las violencias

⁽¹⁾ Confes., lib. IX, cap. VIII.

la había mantenido en el cisma. Pocos años despues, según dicho de San Alipo, en vano se habría buscado en Africa ciudad más dichosa, más unida y más obediente á la Iglesia romana (1).

Cuando se realizó este dichoso acontecimiento, gracias al cual, Thagaste, ciudad natal de nuestra heroína, oprimida hasta entonces por un partido fanático y privada de su libertad, pudo volver al Cristianismo, Santa Mónica llegaría á la edad de dieciséis años. Es indudable que, al asistir y presenciar este nuevo abrazo de la Iglesia y de la patria, debió entusiasmarse y hasta conmoverse profundamente; y si, como algunos han creído, la libertad religiosa de Thagaste coincidió con otro hecho no menos glorioso para Santa Mónica, el de su bautismo y su primera comunión, debió causar en ella una de esas profundas emociones, que forman época en la vida, y de que no es posible olvidarse.

A la vez que Santa Mónica crecía en años, desarrollábanse también sus dotes naturales. De recto criterio, y de elevado y penetrante ingenio, ha merecido los elogios más entusiastas del único capaz de juzgarla, y de quien puede decir-

se con certeza que, no obstante ser su madre, jamás la habría ensalzado á costa de la verdad. San Agustín afirma en muchas ocasiones, que Santa Mónica tenía una gran perspicacia; y en efecto, más tarde vémosla tomar parte en importantes cuestiones de filosofía y religión con San Agustín y sus amigos, que la rodean «crevendo, »dice éste, escuchar sentencias de un gran talento». Desde luego empezó á manifestarse en ella profundo y raro ingenio, sintiendo al mismo tiempo sed insaciable de saber. Era todavía pequeñita, cuando dejaba sus juegos y compañeras, para seguir atentamente las conversaciones de los mayores; sobre todo, si eran personas instruídas y dignas de consideración. Veíasela pasar horas enteras á los pies de su abuela, mujer venerable por su edad y fe, y contemporánea de los mártires, cuyas conmovedoras historias entusiasmaban á la piadosa joven (1).

A estos dones de inteligencia con que Dios la

⁽¹⁾ August., Ep. 48.—Labbé, Conc., t. XI, capítulo CXXXVI.

^{(1) «}Inerat quoque in ea quædam insatiabilis adiscendi cupiditas... Et propterea jugiter satagebat aliquid præclarum aut audire, aut adiscere. Et idcirco quam maxime aviam suam christianissimam, pro modulo suæ capacitatis, sequebatur, eidemque adhærebat.» (De plurimis claris mulieribus, a Fr. Jacobo Philippo Bergomensi, Ordinis Heremitarum Divi Augustini; un vol. in folio, 1493, edición gótica.)

había dotado, para ejercer sobre Agustín toda clase de influencias, unía Mónica otros dones, todavía mas excelentes; dulzura indecible, rara constancia, y una paz que no se agotaba nunca; un carácter firme á la vez que intrépido, y un corazón siempre tierno, y sin embargo lleno de energía en su amor y en su acción. Era una de esas naturalezas privilegiadas, que escasean mucho, y en que se juntan las más raras harmonías con los más sorprendentes contrastes.

En cuanto á los dones exteriores, á cuya investigación conduce naturalmente el orden de esta historia, aun tratándose de una Santa, nos es mucho más difícil satisfacer por completo la legitima curiosidad de nuestros lectores: parece, sin embargo, que era bastante alta y singularmente agraciada. Al menos, cuando se hallaba en la edad de dieciocho á veinte años, la fe, la piedad, la modestia, el amor de Dios y del prójimo brillaban en ella de tal modo, que el autor de uno de los más antiguos monumentos referentes á la historia de Santa Mónica, se declara impotente para hacer su retrato. Y esto se concibe, porque de la belleza de los Santos hay que decir lo que la Sagrada Escritura de la felicidad en que viven: Exuperat omnem sensum, que es una hermosura de orden especial, y superior á toda idea. La belleza de los justos es semejante á la de los templos, que eleva siempre el alma á Dios.

Una modestia muy natural venía también á aumentar su encanto. Los padres, orgullosos de su hija, como lo están generalmente aun los más prudentes, no pensaban sino en realzar su belleza, al paso que ella rechazaba con dulce energía los preciosos y perfumados tisús, de que deseaban verla adornada (1). Santa Mónica había aprendido de los grandes doctores de Africa, Tertuliano y San Cipriano, cuánto valen la sencillez y la modestia; así como también cuán difícil es conservar un corazón mortificado y dispuesto al sacrificio bajo esos lujosos trajes; y por tanto, prefería á los adornos preciosos la sencilla túnica blanca sin franjas ni bordados, que llevaban entonces las jóvenes cristianas, según se ve en las antiguas pinturas de las Catacumbas.

Así pasó la infancia y la niñez de Santa Mónica, bella aurora de días aún más bellos. Cuando salía de la adolescencia, y entraba en la de la juventud, fué solicitada para contraer matrimonio. Sus padres accedieron á la demanda, y por un incomprensible designio de la Providen-

^{(1) «}Cum autem parentes ejus, more secularium, vestibus delicatis eam ornare voluissent, ipsa contristata respuebat.» (Boll., 4 Mayo.)